CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ



PRIMER CURSO DE 1949

IDEAS Y PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

•

Talleres de la Revista



Julio 1949

20 cts.

EDITORIAL LEX
LA HABANA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

....

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE
se trasmiten todos los domingos de 3 a 4 p.m.
por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

José Chelala-Aguilera

Higiene y Profilaxis Social

HABLAR sobre higiene y profilaxis social en pocos minutos es tarea difícil por la extensión que tiene esta materia y por el interés que tenemos de expresarnos con la mayor claridad. Desde hace siete meses venimos desarrollando un curso de divulgación a través de conferencias diarias que ocupan un espacio radial de doce minutos y medio y confesamos que solo estamos en el inicio de las materias que debemos explicar. Con esta advertencia queremos poner en relieve nuestra preocupación en el momento actual al comprometernos a desarrollar en la sesión de esta prestigiosa Universidad del Aire —que dirige el Profesor Jorge Mañach— nuestro pensamiento al respecto. Desde ahora declaramos que solo podremos hacer pronunciamientos en forma de resúmenes, dejando para la discusión —que es en nuestro criterio la parte sustancial y práctica del asunto— el esclarecimiento de muchos conceptos.

La higiene y profilaxis social, mejor dicho, higiene o profilaxis social, es un capítulo de la Medicina-Social, la cual es, según René Sand, la parte de las ciencias sociales que estudia los factores médicos que hay en las cuestiones sociales, o, de otra manera, si se prefiere, el estudio de los factores sociales que hay en las cuestiones médicas. Este concepto al parecer tan claro, no logra definir los propósitos amplios que tiene esta ciencia. En Alemania el concepto de la medicina-social derivó del régimen de los seguros sociales; en los países anglosajones, la medicina-social fué designada con los nombres de sociología médica o medicina sociológica cuando se estudiaban las proyecciones sociales que la medicina tenía en otros ramos de la sociología alejada del problema de la enfermedad en sí, pero que exigía la colaboración del médico por la relación que esos estudios tenían sobre el individuo: tales

serían los problemas del urbanismo, la vivienda obrera, la orientación profesional, la reeducación técnica de los lisiados, etc. (1).

El seguro social planteó al médico problemas nuevos relacionados con la enfermedad y de carácter económico, legal, desplazando la actividad mental del médico a otros campos de pensamiento. Tuvo éste que adquirir conceptos sociales de su arte, y su ciencia se transformó en un campo amplio de investigaciones y conocimientos sobre la vida individual y social del hombre· La lucha colectiva contra las enfermedades fué incorporada a la medicina-social porque a los recursos sociales fué preciso añadir la educación de las colectividades y la coordinación de sus esfuerzos. La batalla contra la mortalidad infantil, la tuberculosis, la lepra, el cáncer y otras, ponen en evidencia los factores económico-sociales y políticos que aumentan o disminuyen su difusión. Surge entonces el concepto de la **higiene social** como un capítulo de la medicina-social: como la parte de la higiene que estudia las causas indirectas que afectan la salud, es decir, las causas sociales.

Inmediatamente se comprendió que era preciso obtener la colaboración del pueblo para la lucha contra las enfermedades, originándose entonces la **educación sanitaria.** Fue así como el médico comprendió la necesidad de lanzarse a la tribuna pública y luchó en todas las Universidades para que sus Facultades rompieran su hermetismo y dieran entrada al aire libre de la democracia.

El desarrollo de la asistencia pública surgido de las necesidades de la higiene pública, fracasó en su lucha contra les enfermedades que tenían una base social, y a pesar de los hospitales, dispensarios, conferencias, etc. los resultados obtenidos no eran proporcionados a los sacrificios económicos dispensados. Tuvo el médico, al final, que ir a remover las causas sociales mismas, interviniendo en la obra de los poderes públicos para yugular los factores económicos y políticos que limitan el bienestar humano y atan al hombre a la miseria física y espiritual y fué hasta allí donde llegó la medicina social, para difundir la construcción de viviendas, colonias de vacaciones, dispensarios de leche, enseñanza de la economía doméstica; subsidios de lactancia, parto, etc. El médico se convirtió así, al final, en un economista popular y los principios de la economía política hubieron de ser traídos también al campo mental de la disciplina médica.

"El médico social de nuestros días ha tenido, pues, que desplazar su ciencia del laboratorio y del tubo de ensayo, al campo de la sociología toda entera y hoy exige tener una vasta cultura en ciencias sociales, economía política, cuestión obrera, organi-

---

(1) El Concepto de la Medicina Social, Dr. Germinal Rodríguez, B. Aires.

zación del trabajo, de la producción, etc., so pena de no abordar el estudio de los problemas médico-sociales sino en forma superficial. Problemas de higiene pública, al parecer tan simples como el de la cuestión de la leche higiénica y sobre los cuales se ha hablado tanto, han fracasado en su solución porque se han presentado en su fin sin remontarse a las causas, cuales son, la cuestión de los arriendos rurales; el tráfico ferroviario; la educación productiva de los dueños de vaquerías; la calidad de las vacas; el aprovechamiento fabril de los subproductos, como la manteca, caseína, queso, etc. Sin un conocimiento total de estos factores económicos y políticos, las soluciones no pasan de ser meras palinodias.

"El concepto, pues, de la medicina social, se ha elevado con el tiempo, del simple motivo de atender colectivamente a los enfermos, al más grande de estudiar todos los factores sociales que hay en los problemas médicos. Se ha hecho una verdadera sociología médica."

En nuestro país todavía no se ha asimilado este concepto, no por ausencia de competentes y prestigiosas figuras médicas, sino por el lastre colonial que aún pesa en la conciencia y en el barniz políticos de nuestros hombres públicos. La Salubridad sigue impregnada de aquel espíritu de la beneficencia pública de siglos pasados, en que el ciudadano recibía como un favor y siempre como una humillación, el servicio del Estado. Este espíritu retrasado pesa en la organización y en la mayor parte de los hombres que se han sucedido en la gobernación del país. Las corrientes modernas llegan hasta nosotros y con frecuencia surgen de nuestros centros científicos, pero pasan de largo o son forzadas a una existencia vegetativa, porque nuestros gobiernos y casi todos los colegas médicos que llegan a posiciones destacadas de la vida nacional, miran a la colectividad más como clientela mercantil que como conglomerado social con derecho a disfrutar de los progresos científicos de nuestra civilización.

Proyecciones de la medicina-social.

Citemos solo algunos capítulos de la medicina-social y así podremos colocar en su lugar a la HIGIENE o PROFILAXIS SOCIAL, objeto de nuestra charla "concentrada".

La DEMOGRAFIA y la ESTADISTICA MEDICA estudian los fenómenos que afectan a las colectividades.

La ANTROPOLOGIA SOCIAL describe la acción de los factores sociales sobre la frecuencia, el origen, el desarrollo, la incidencia, el tipo, la evolución, el tratamiento y las consecuencias de las enfermedades.

La MEDICINA DEL TRABAJO determina las condiciones

óptimas de la producción y los efectos del ejercicio en las diversas profesiones.

La GENETICA escruta las leyes de la herencia a fin de dar a la EUGENICA los medios de mejorar la raza.

La ANTROPOLOGIA CRIMINAL estudia científicamente el crimen, el vagabundaje y la prostitución.

La ANTROPOLOGIA PEDAGOGICA que se basa en la biología para la educación.

La HIGIENE SOCIAL o PROFILAXIS SOCIAL estudia el medio social y trata de mejorarlo para conservar y fortalecer la salud física y mental.

En este capítulo comprendemos la eugenesia, la puericultura, el examen médico periódico, la educación sanitaria, la lucha contra las psicopatías.

La FISIOLOGIA SOCIAL estudia desde el ángulo social, la alimentación, la vivienda, los salarios, el presupuesto obrero, el trabajo y el oficio.

La FISIOPATOLOGIA SOCIAL comprende el estudio del crimen, el alcoholismo, las toxicomanías, la fatiga, la falta de alimentos, las enfermedades de carácter social, el trabajo de las mujeres y de los niños; el trabajo nocturno, las enfermedades profesionales, los accidentes del trabajo, el urbanismo y el tránsito, etc.

Por último, la TERAPEUTICA SOCIAL estudiaría todas las medidas sociales de tratamiento y asistencia.

Situada ya la posición de la HIGIENE o PROFILAXIS SOCIAL dentro del campo de la Medicina-Social, podemos ahora decir algunas palabras —siempre en forma de conceptos resumidos— sobre el tema objeto de discusión.

Es corriente el error de considerar que la función de la profilaxis social pertenece únicamente al médico. De este grave error se originan consecuencias perjudiciales para la sociedad. Para lograr una profilaxis social efectiva, es preciso coordinar los esfuerzos de toda la organización Estatal, gubernamental y privada, a fin de combatir los trastornos o perturbaciones con los medios adecuados, y de orientar las proyecciones futuras de acuerdo con la vertebración de un plan bien estudiado. Solo así podremos comprender la existencia de una profilaxis social, en la que participan gobernantes, médicos, ingenieros, educadores, publicistas, periodistas, comerciantes etc. No solo en el aspecto médico tiene razón de existir la acción de la profilaxis social; aún más, la acción del médico queda reducida al mínimo si los gobiernos, políticos, empresas públicas y privadas, prensa y radio, etc., no cumplen su deber respectivo. Algunos ejemplos nos permitirán hacer más demostrativas estas afirmaciones:

1. Tomemos ejemplos de algunos anuncios: en varios diarios de la mañana y de la tarde (y esto ocurre sin interrupción) aparece el siguiente anuncio: "Se solicitan personas que tengan antecedentes penales y deseen cancelarlos por una cuota módica. Escriba o visítenos". Y a continuación aparece el nombre de dicha Oficina, con su dirección y horas de actividad. Estas líneas de anuncio están denunciando muchas cosas que exigen una profilaxis social, con la intervención de la justicia y otros organismos. Desde luego, para esta profilaxis es preciso que sus ejecutores tengan no solo preparación, sino también fuerza moral, dignidad ciudadana y valor cívico.

2. Este otro anuncio es elocuente: "Elvira, supersensible, sonámbula, transporte, clarividente, mecánica, auditiva, consulta barajas, caracoles, collares, cocos, espíritu Charisbasky Adik, fenómenos psicológicos, desproporciones vitales, etc."; y también da su dirección. Hay consultas de 25 y de 50 centavos que ofrecen resolver los problemas más difíciles del mundo.

3. Veamos este otro: "Purificador tal... Depurativo poderoso. Medicina insuperable para el reumatismo, malos humores, erisipelas, herpes, arterio esclerosis, vejez en las arterias y venas. Positivo mitigador de los achaques de la vejez, etc. ...

Todo esto nos revela que los Ministerios de Justicia, de Educación, de Comercio y de Salubridad y A. Social, no están cumpliendo su deber, ni les preocupa —queremos pensar que sea indiferencia o despreocupación y no otra cosa— la profilaxis social.

Podemos afirmar que nuestros médicos hacen esfuerzos —individual y colectivamente— para cumplir sus deberes en lo que se relaciona a la profilaxis social; sin embargo, nuestros gobiernos sobresalen por su despreocupación, indolencia, irresponsabilidad o no sabemos cómo calificar su actitud en relación con el mejoramiento del medio social y de la salud física y mental del hombre. Crear un estado psicológico colectivo deprimente, pesimista, desmoralizador y destructor de los valores más nobles del ciudadano, alimentándolo, desarrollándolo y protegiéndolo, es una injuria a la mente y al cuerpo social que produce mayores destrucciones que todas las epidemias juntas. Cuando la viruela, la tuberculosis o la sífilis atacan el organismo, el médico tiene grandes posibilidades de vencer la enfermedad con el arsenal terapéutico que tiene en sus manos; pero cuando es el psiquismo del cuerpo social el injuriado y atacado profundamente por el mal ejemplo elevado a categoría de moral pública y de método de gobierno, el médico solo, es impotente para encarar individualmente o desde las posiciones oficiales, este tipo de enfermedad tan corriente en nuestro medio y que se expresa en tan variadas formas, desde el sujeto uniformado cuya personalidad reside, toda ella, en sus botas y en su

pistola, hasta el aventurero vestido de persona decente (y muchas veces hasta con diplomas universitarios) que desprecia el patrimonio conquistado a sangre y fuego por generaciones anteriores, y se enriquece ilícitamente, favorece o se hace cómplice del tráfico clandestino de drogas, fomenta la prostitución y el juego, es fuerte y despiadado con el pobre y sumiso, pero aprovecha esta sumisión, con el poderoso. Observar con indiferencia la miseria de un pueblo, que no tiene agua, ni acueductos, ni salubridad, ni asistencia social, y donde las enfermedades mentales, la sífilis, la tuberculosis, el cáncer, la lepra y otras enfermedades se desarrollan en forma alarmante, teniendo por otra parte, las posibilidades de atenuar, mejorar y superar extraordinariamente dicha situación, es sin lugar a dudas una actitud que denota cierto grado de peligrosidad social en los encargados de la cosa pública y sobre los cuales la profilaxis social debe actuar por su propio bien.

El incremento de los crímenes pasionales, de los suicidios, del homosexualismo (tanto entre los hombres como entre las mujeres), de los abortos (en uno solo de los hospitales llegan diariamente 10 y 12 casos iniciados en la calle) y de las más depuradas formas de prostitución, nos están indicando que la Profilaxis Social es inexistente como medida de gobierno y que su acción desde el campo privado es insuficiente y prácticamente nula.

Señoras y Señores: no podemos exponer ante ustedes, ni siquiera en forma de resumen, dentro del tiempo de que disponemos, todos los aspectos que comprende la PROFILAXIS SOCIAL; solo hemos formulado algunos conceptos que hemos considerado indispensables e ineludibles en estos momentos de nuestra vida pública. Esperamos que en el curso de la discusión se cubran algunas de las numerosas lagunas que hemos tenido que dejar.

René de La Valette

Tendencias actuales de la Psiquiatría

"El hombre, eterno espectáculo para el hombre".
ENRIQUE JOSÉ VARONA.

A la entrada de mi casa hay un letrero que dice: "Dr. La-Valette. Psiquiatra". Alguien, curioso no impertinente, ha formulado con lápiz y entre paréntesis esta interrogación: "¿QUE ES ESO?". Esta indagación inteligente debe obtener una satisfacción plena y vamos a contestar haciendo un esfuerzo con grande humildad, porque la respuesta no es nada fácil.

¿Qué es el Psiquiatra?; ¿qué es la Psiquiatría? Veamos. Psiquiatra, es un médico graduado en la escuela de Medicina de la Universidad, que ha especializado en una de sus más jóvenes especialidades; esto es, la Psiquiatría. Como el Pediatra es el especialista en enfermedades infantiles y el Obstetra es el especialista en partos. El Psiquiatra es pues un médico; pero sobre todo médico. Es un médico que por muchos años se ha dedicado al estudio de la vida psíquica del hombre tanto en su aspecto normal, como patológico y la base de sus conocimientos se encuentra en una nueva disciplina académica muy enriquecida en los últimos 50 años, de muy amplios horizontes, de porvenir incalculable y de fascinante profundidad intelectual que se llama "Psicología Médica".

El Psiquiatra ha de ser necesariamente un médico, porque su primera función ante el enfermo es diagnosticar. Diagnosticar es la facultad específica, exclusiva del médico. Tratar enfermedades y aún "curar" enfermos puede cualquiera. Los prácticos, auxilia-

res, aficionados, magos, espiritistas, charlatanes y aún el hombre común mismo pueden curar, tratar enfermos y lo hacen de hecho, ilegal o clandestinamente; pero ellos no pueden diagnosticar. Practican lo que se llama "Terapéutica sin diagnóstico". El diagnóstico es una obra compleja de creación intelectual como escribir un artículo, una novela o desarrollar un concepto filosófico. Es el producto de fuerzas psicológicas altamente integradas y resultado final combinado de la experiencia personal, el conocimiento científico adquirido, la intuición inteligente y el arte como inspiración, esto es, una operación mental racional.

Ahora bien, el Psiquiatra se distingue de otros médicos y de otros especialistas porque estos tratan y trabajan con ORGANOS enfermos y nosotros operamos con PERSONALIDADES sanas o enfermas.

El Psiquiatra dirige su atención, pues, a la personalidad íntegra del sujeto y establece con él relaciones muy peculiares de persona a persona. La señora Dumbar ha dicho: "Es más importante la PERSONA que sufre una enfermedad que la ENFERMEDAD que sufre una persona". Por eso el Psiquiatra es un médico más "humano". Se interesa no sólo por los síntomas que el enfermo exhibe, sino que se esfuerza por comprender, por analizar la vida misma del individuo; sus problemas, sus dificultades emocionales, sus conflictos, su ambiente familiar, sus anhelos y fracasos, sus intereses ocupacionales, sociales, políticos, religiosos, en fin, todo aquello que es el VIVIR, en el sentido más amplio de la plabra. Comprender al sujeto es para el Psiquiatra simpatizar con él, identificarse con el sujeto, sostenerlo, apoyarlo, defenderlo, ayudarlo a comprender la naturaleza de su enfermedad, las causas de la misma y enseñarlo a neutralizarlas, adaptándose mejor a las circunstancias, reforzando sus débiles mecanismos de defensa o creándole otros nuevos, en fin, el Psiquiatra es un poderoso aliado del YO en derrota del individuo.

El Psiquiatra no juzga al sujeto si es bueno o malo (palabras sin sentido en psiquiatría), porque el Psiquiatra es un médico libre de prejuicios morales, sociales, religiosos, etc.; por el contrario, trata de comprender, de explicar, de aclarar y nunca de enjuiciar y mucho menos aplaudir o condenar la actitud o conducta del individuo.

No corresponde al Psiquiatra aconsejar qué debe hacer el sujeto en cada caso, en cada vicisitud de su vida; sino que le auxilia, le ayuda a encontrar la solución más adecuada. Decimos que el individuo normal no es aquel que no tiene problemas en su vida, sino el que tiene la posibilidad de dar a sus problemas soluciones adecuadas.

Muchas personas evitan o retardan o aplazan su visita al Psiquiatra con serio perjuicio, muchas veces, para su salud. Unas veces, porque ignoran que sus síntomas obedecen primordialmente a motivaciones esencialmente emocionales y nadie, ni su médico, les han informado de esta manera. Es pues una simple cuestión de ignorancia. Otros, la mayoría, lo hacen perturbados por un prejuicio muy común y muy dañino. Creen —y creen mal— que el Psiquiatra solo trata con locos y, por tanto, si ellos solicitan los servicios del Psiquiatra se encontrarían en la desagradable posición de estar comprobando y proclamando socialmente, que es lo peor, que el viejo temor a la locura, por mucho tiempo albergado en su pensamiento, es una terrible realidad. Olvidan estos sujetos que el loco verdadero IGNORA su locura, no sabe que se ha vuelto loco; para él los locos son los demás. Ignoran que la "neurosis" es un trastorno emocional tan generalizado y tan difundido que yo puedo afirmar con toda responsabilidad que no he conocido en mi vida una sola persona libre totalmente de manifestaciones neuróticas, ni aún yo mismo. Ignoran que estas manifestaciones no constituyen un defecto vergonzoso de la personalidad, sino una de sus peculiaridades y que aun estos defectos pueden ser determinantes de nuestros mejores éxitos en la vida. Un destacado intelectual español ha afirmado que operamos también eficazmente con nuestros defectos. La guerra reciente ha demostrado, psiquiátricamente, que para ser un héroe genuino en el campo de batalla se necesita ser un poco "bruto" y, en efecto, éstos valientes tienen un coeficiente intelectual inferior, ligeramente, al promedio común.

Desconcierta al público que el Psiquiatra no trabaja con aparatos, instrumentos eléctricos de precisión, ni Rayos X, ni reacciones químicas, ni drogas de misterioso poderío; ni manipula al enfermo con sus manos y reciben la impresión de que el Psiquiatra en su trabajo no parece estar trabajando en realidad. En efecto, el Psiquiatra por la índole misma de su especialidad, una cuestión de persona a persona como hemos dicho ya, opera con un instrumento mucho más complejo e interesante que es su propia personalidad. Su método específico de acción es la palabra, la conversación. La palabra es el único instrumento —maravilloso instrumento— de poderío suficiente para penetrar el psiquismo del sujeto y así el trabajo del Psiquiatra se mide por horas de entrevistas. No hay otra manera, y probablemente jamás habrá otra. Claro que nos auxiliamos de los test psicológicos, de la narcosis barbitúrica, y otros métodos de exploración, sin olvidar, naturalmente, los métodos tan conocidos de exploración clínica general y los análisis complementarios del Laboratorio Clínico, que nos dan la noción de la integridad del cuerpo físico o de sus perturbaciones

paralelas al trastorno psíquico. Y a este interrogatorio verbal es a lo que más temen las gentes, porque tienen la preocupación de que el Psiquiatra puede "adivinar" sus más recónditos secretos, incluyendo, las cuestiones de sexualidad que son las más temidas. Naturalmente todo esto es falso. Para llegar a conocer una parte menor del pensamiento de cualquier persona se necesita muchas horas de paciente y laboriosa conversación.

Quedamos con la esperanza de que en un futuro no lejano, el público llegará a familiarizarse con esta especialidad en la misma medida en que lo está actualmente con otras ramas de la medicina y la cirugía. El mundo contemporáneo lleno de temor, de inseguridad, amenazado de una nueva catástrofe aniquiladora para su civilización y su cultura está urgido de la mejor asistencia psiquiátrica, para lo cual se requiere, según cálculos recientes, unos tres millones de Psiquiatras trabajando durante veinte y cinco años en un programa de "psicoterapia reeducativa" que debe desembocar en una nueva era de genuina paz universal y de estabilidad emocional de los individuos y de la sociedad.

¿Qué es la Psiquiatría?

Es realmente difícil dar una definición completamente satisfactoria. Muchos lo han ensayado. Nosotros vamos también a aventurarnos con una definición un tanto personal, pero posiblemente comprensible para nuestros oyentes: "La Psiquiatría es la ciencia que nos explica la conducta ORGANISMICA del individuo humano". Expliquémonos un poquito. La palabra "organísmica" es ahora absolutamente indispensable porque nos suministra un concepto de integridad, de totalidad, frente al tradicional concepto "atomístico" o "segmentario", que se tenía de la personalidad humana. La nueva concepción se refiere a que el organismo humano es un TODO y debe ser estudiado como tal. Esto es el concepto "Holístico", del Griego "Holos", que significa conjunto, todo, completo. Hace ya mucho tiempo que hemos dejado atrás aquellas cosas de mente, espíritu, alma, moral, de un lado; y cuerpo, materia del otro; es decir, aquella "dicotomía" tan conocida: físico-psíquico. La tendencia contemporánea pués, está dirigida a la comprensión del hombre como una UNIDAD ORGANISMICA indivisible sin distinción posible entre lo psíquico y lo físico y muchísimo menos una oposición ya conceptual, ya funcional entre ambos aspectos. De aquí, que todo fenómeno normal o patológico producido dentro del campo de la vida humana no es, ni puede ser, otra cosa que una "reacción-comportamiento"

del organismo psicobiológicamente integrado, frente a la "acción-estímulo" procedente del ambiente interno o externo.

Este concepto integral de la personalidad del hombre es precisamente el punto de partida, la base psicobiológica de la llamada MEDICINA PSICOSOMATICA cuyo tema desarrolló tan brillantemente nuestro querido y muy estimado colega el Dr. Pedro Iglesias Betancourt el domingo pasado.

Esta nueva concepción de la personalidad humana, como una unidad psicobiológica, como un TODO, nos lleva de la mano a un cambio general en nuestra actitud frente al concepto de enfermedad y su causación. En efecto, hasta ahora las enfermedades se consideran, dentro del campo de la patología médica general, como entidades clínicas bien definidas causadas por el "ataque" de determinados agentes patógenos. Esta creencia es aún corriente en la medicina moderna y tuvo su origen en la actitud del hombre primitivo ante perturbadoras y dolorosas experiencias procedentes de su propia conciencia. Eran artibuidas a la maligna influencia de entidades externas, tales como espíritus, demonios y otras fuerzas elementales hostiles que le atacaban. Más tarde Hipócrates introdujo el concepto de los humores operantes dentro del cuerpo. En época más reciente los descubrimientos de la bacteorología y la patología microscópica nos dieron la noción de la enfermedad como resultado del "ataque" al organismo por bacterias o por lesiones orgánicas degenerativas. Conocidas son las expresiones: "ataque de pneumonía" o "víctima del cáncer". En años recientes se ha desarrollado una tendencia sustancial a romper con estas ideas un tanto arcaicas para aceptar el concepto de enfermedad como una forma de comportamiento del organismo frente a muy diversos agentes-estímulos. Naturalmente que este comportamiento del organismo tiene simultáneamente manifestaciones de aspecto psicológico y manifestaciones en el orden fisiológico. Que se trate de una enfermedad mental o de una enfermedad física no es sino una cuestión de predominación de unas manifestaciones sobre las otras; es decir, en las enfermedades psíquicas, predominan los síntomas psicológicos; en las enfermedades físicas, de las que se ocupa el médico general, las perturbaciones fisiológicas ocupan el primer plano; pero cuando observamos cuidadosamente al enfermo, cualquiera sea su padecimiento, veremos claramente la presencia constante de fenómenos de ambas vertientes, ya psicológica, ya corporal.

Finalmente, recordemos que al definir la psiquiatría dijimos que era la ciencia que explica la conducta del individuo sano o enfermo. ¿Por qué es esto así? Simplemente porque hemos descubierto que la conducta humana, en su aspecto psicológico, se rige por principios y leyes bien definidas, fijas y constantes. Pon-

gamos un ejemplo. Cuando decimos de alguien que es "loco", esta palabra loco es, solamente, una confesión de nuestra propia ignorancia e incapacidad para comprender al sujeto. La fisiología patológica ha demostrado, indubitablemente, que el cuerpo humano reacciona en una forma altamente coordinada ante cualquier clase de estímulo. Pues bien, la psicopatología dinámica ha descubierto que la mente hace lo mismo. No se trata de reacciones caóticas e incomprensibles como piensan los profanos. Muy por el contrario, los procesos mentales obedecen a leyes estrictas, constantes, exactamente igual como ocurre en los procesos fisiológicos o en cualquier otro fenómeno de la naturaleza. Así vemos como la característica central de la psicopatología, —verdadera clave para la interpretación comprensible de las "neurosis" y las "psicosis",— es una tendencia existente en cada uno de nosotros a REGRESAR bajo la presión de estímulos perturbadores a formas tempranas, infantiles de pensar y de actuar; hacia a aquellos patrones infantiles que, como es bien sabido, yacen latentes en el núcleo del inconsciente de cada personalidad, que de adultos, hemos totalmente olvidado. Lo que llamamos un síntoma mental no es otra cosa que la repetición parcial o total de una forma infantil de conducta a la cual el adulto "regresa" bajo la presión de circunstancias patogénicas y por tanto, si conocemos la historia de su temprana infancia, el síntoma nos resultará claramente comprensible y lógico. Es la lógica de lo ilógico. Este fenómeno de la regresión es una ley que rige la vida psíquica tan estricta, constante y universalmente como la reacción febril del organismo, en defensa, contra la acción de las bacterias infectantes.

No tenemos tiempo suficiente para referirnos a otros principios y leyes que determinan la conducta del individuo. Digamos sólo que todos ellos operan en la profundidad del inconsciente humano y por tanto, el sujeto no se da cuenta de su existencia, ni de su influencia en la determinación de su propia conducta. Por eso alguien ha dicho: "La locura es un infortunio que se IGNORA".

El Dr. Francisco Ichaso refiriéndose al caso Chibás, en reciente artículo publicado por la revista Bohemia, dijo lo siguiente: "Hay hombres que **eligen** (nuestro el subrayado) un destino tormentoso por una necesidad **profunda** de su espíritu". Este concepto admirablemente expuesto podemos hacerlo nuestro como Psiquiatras. Sólo que el literato, de tan poderosa penetración, se queda un tanto en la superficie, mientras que el Psiquiatra puede penetrar más hondo para descifrar cuál es esa necesidad profunda del espíritu que determina la **elección**, inconsciente naturalmente, de semejante tipo de conducta tormentosa.

Claro que ésta no es la ocasión para ensayar una interpretación psiquiátrica del líder ortodoxo, por muy atractivo que el tema nos resulte. Digamos sólo, en términos generales, que la Psiquiatría nos explica claramente por qué ciertos hombres experimentan una oscura, profunda e inconsciente necesidad de ser CASTIGADOS; otros de ser ADMIRADOS, aun otros de ser ESTIMADOS, otros de ser RECHAZADOS y otros en fin de INMOLARSE en el altar de las más puras y altas ambiciones alimentadas por los grandes de la PATRIA y de la HUMANIDAD. José Martí en una de sus geniales anticipaciones expresó: "Los hombres van en dos grupos, los que aman y crean y los que odian y destruyen". ¿Por qué? preguntamos nosotros. Pongamos aquí punto final obligado a nuestro trabajo.

●

Antonio Ortega

Los problemas de la herencia biológica

SEÑORAS y señores: el vasto capítulo de la ciencia de la vida que vamos a desarrollar hoy en esta breve lección, constituye un viejo tema apasionante y sugestivo, un hondo drama que tiene lugar en un escenario de milésimas de milímetro y que nos afecta tan directamente que pocos serán los que no se hayan enfrentado con el mismo, en algún momento de su existencia, tratando de buscarle una explicación. Porque ¿quién no ha sentido curiosidad de saber por qué el color de sus ojos o de sus cabellos se transmite a sus pequeñuelos o por qué causa, la prominente nariz del abuelo, ya muerto, aparece de pronto, inexplicablemente, en el rostro del nieto, hijo de padres chatos? Pero esta curiosidad pueril y sin importancia envuelve en sí otros más graves y transcendentales problemas, entre ellos el de saber qué es lo que transmitimos, como individuos, a nuestros descendientes y en virtud de qué proceso se verifica esta transmisión. No es ya el hecho, conocido e inexplicable aun, de que los rosales produzcan siempre rosales y no ceibas, y las conejas paran conejos y no gatos de Angora; el hombre trata ahora de explicarse algo más sutil aún: Trata de explicarse por qué dentro de una misma especie, ciertas diferencias son capaces de transmitirse de generación en generación y otras no; trata de comprender por qué los cachorros de "setter" son siempre "setters" y no mastines, digamos por caso. Es decir, la herencia genérica —los rosales siempre producen rosales—, aunque no explicada, es conocida y admitida por todos. Sin embargo, la herencia diferencial —los cachorros de "setter" no son nunca mastines—,

comienza a ser explicada satisfactoriamente, y por el conocimiento de ésta no está lejano el día en que lograremos explicarnos aquélla. Decía el biólogo y físico inglés Haldane: Si me preguntáis por qué este conejo blanco es tan parecido a este conejo negro, yo no podría explicároslo; ahora si me preguntáis por qué son diferentes, estoy en condiciones de decíroslo. Pues bien, de esa herencia diferencial —cromosomal, como veremos después— es de la que vamos a hablar en esta charla divulgadora.

El telón comenzó a levantarse hace escasamente una centuria —93 años para ser exactos— cuando un fraile agustino del convento de Brunn, en la Moravia, inició sus estudios sobre la hibridación de los guisantes. Durante cerca de 8 años, Gregorio Juan Mendel —que éste era su nombre—— trabajó pacientemente con sus chícharos, cruzándolos y recruzándolos, y observando con ojos curiosos lo que pasaba. No era un profesional de la ciencia; era más bien un aficionado; pero tenía habilidad para experimentar, calma para investigar y lucidez para interpretar. El 8 de febrero de 1865 leyó los resultados de sus investigaciones ante la Sociedad para el Estudio de las Ciencias Naturales de Brunn; un año después publicaba éste su trabajo en el Boletín de dicha Sociedad. Nadie se preocupó de él. Darwin, vivo aún, ni se enteró de la existencia de aquel humilde trabajito aparecido en las páginas de un periódico de provincia y que se titulaba "Investigaciones sobre la hibridación en plantas". Y sin embargo aquellas investigaciones habían de resolver uno de los más apasionantes enigmas biológicos.

¿Qué es lo que había descubierto el fraile de Brunn en la soledad del reducido jardín de su convento? Había descubierto las leyes que rigen la herencia. La herencia no sólo en las plantas, sino en todos los demás seres vivos, y, por tanto, en el hombre. Será necesario recordar cómo había operado en sus investigaciones: Observó Mendel que cuando cruzaba chícharos amarillos con chícharos verdes, la descendencia era toda de chícharos amarillos, como si este color fuera dominante —y así lo llamó— sobre el verde. Cruzando de nuevo entre sí estos chícharos amarillos comprobó que las tres cuartas partes de la descendencia eran amarillas, pero que en una cuarta parte de ella había reaparecido el color verde. ¿Qué le decía ésto? Pues le decía que aunque en el primer cruzamiento todos los descendientes le habían resultado amarillos, no por eso se había perdido el poder verde, que, de alguna forma, había quedado oculto en la primera generación y que reaparecía ahora en la segunda. A este carácter lo llamó recesivo, en oposición al de dominante. ¿Qué sucedería si ahora cruzaba entre sí a estos nuevos chícharos verdes? Los cruzó. La descen-

dencia fué toda verde. Aquella era una raza pura que no tenía nada de la amarilla de uno de sus abuelos. ¿Qué había pasado? Mendel comienza a dar nombre a las cosas. He aquí se dijo, un poder amarillo —un factor, lo llamará— y otro factor verde. Cuando ambos se cruzan, como el amarillo domina sobre el verde la descendencia será toda amarilla. Esto era lo que sucedía. Pero esta primera generación, aunque amarilla —por ser dominante el amarillo— no por eso dejaba de poseer el factor verde, que no era aparente como carácter, pues estaba dominado por el otro color; pero que seguía existiendo, que estaba allí. El proceso iba aclarándose. En la primera generación la descendencia era toda amarilla porque este factor dominaba sobre el otro, aunque éste estuviera presente también. Al cruzar dos individuos de esta primera generación sucedía que estos factores se combinaban entre sí de acuerdo con las leyes del cálculo de probabilidades. He aquí las combinaciones posibles cuando varía un solo carácter: El factor amarillo de uno de ellos se combina con el factor amarillo del otro (se obtiene una raza pura de amarillos); el factor amarillo del primero se combina con el factor verde del segundo (se obtiene una raza híbrida de amarillo y verde, pero con carácter amarillo por ser dominante este factor); verde del primero con amarillo del segundo (raza pura de verdes y con carácter verde, pues no hay amarillo que domine). De esta manera sencilla, matemática, se realiza el proceso de la herencia.

No podemos detenernos más, dada la escasez de tiempo de que disponemos, sobre las investigaciones de Mendel. Sí debemos apuntar, de pasada, que no siempre este proceso se verifica con dominancia de uno de los factores y que es corriente lo que se llama hibridación intermedia, en la que los descendientes de la primera generación tienen un carácter intermedio entre los de sus progenitores (como sucede en la raza humana entre blancos y negros, o en el dondiego de noche, que de la hibridación de plantas de flores rojas con la de flores blancas se obtiene una primera generación de flores rosadas). Por lo demás el proceso es idéntico, tanto en esto como cuando lo que varía es más de un carácter. Resumiendo las investigaciones de Mendel puede decirse: 1º—En todo ser vivo existen unidades independientes que trasmiten determinados caracteres a su descendencia. 2º—En los individuos híbridos coexisten los caracteres de sus dos progenitores, aunque a veces uno de ellos no se manifieste por estar dominado por el otro. Y 3º—Estos híbridos tienden a retornar a sus tipos originarios puros.

El fenómeno de la herencia estaba explicado, pero faltaba saber de qué forma tenía lugar el mismo. Una cadena de descubrimientos sucesivos puso a los investigadores sobre la pista de la verdad. A principios del siglo XIX, Brown había descubierto el núcleo de la célula. Schwann, en 1839, había demostrado que el huevo es una célula. En 1865, Schwigger Seidel y La Valette habían demostrado lo mismo respecto al espermatozoide. Hertwig, diez años después, observó que la fecundación consistía en la fusión de los núcleos del espermatozoide y el óvulo. Flemming precisó que en la división celular el filamento nuclear se divide en varios trozos iguales que van a las células hijas. Esos filamentos, llamados cromosomas son constantes para cada especie conforme demostró Bovery en 1887. Weismann sugiere que tanto el óvulo como el espermatozoide deben tener a mitad del número de cromosomas de su especie, pues si no, al unirse, se duplicaría el número de los mismos. (De sobra es conocido que ésto es lo que sucede durante la reducción cromática). Todo lo conocido hasta entonces señalaba en una sola dirección a los investigadores, hacia los cromosomas; éstos tenían que ser los portadores materiales de los factores hereditarios. Por entonces —principios de siglo—, buscando bibliografía sobre el particular, tres botánicos, trabajando cada cual por su cuenta, redescubrieron las leyes de Mendel al tropezarse con su humilde trabajo del Boletín de la Sociedad para el Estudio de las Ciencias Naturales, de Brunn. En 1902, el sabio norteamericano Sutton no sólo sienta el hecho de que los cromosomas son los portadores materiales de la herencia, sino que afirma que la nueva hipótesis lleva a resultados idénticos a los de Mendel. El mismo año Mac Clung comprueba que la determinación del sexo se hace por medio de los cromosomas, y, poco después, Thomas Hunt Morgan comienza sus famosos trabajos, que aun duran, sobre la mosca drosofila, o mosca del vinagre, que han hecho de esta rama de la Biologia una nueva ciencia: la Genética.

Descubiertos los cromosomas como portadores de la herencia quedaba por saber si eran éstos los factores mendelianos o si eran simples portadores de los mismos. Los trabajos de Morgan con la drosofila no dejan lugar a dudas. Esos factores hereditarios llamados genes se hallan alojados en los cromosomas, formando una especie de abultamientos que dan al cromosoma el aspecto de un collar. Los 463 caracteres encontrados por el sabio norteamericano en la drosofila han podido clasificarse en cuatro grupos, cada uno de los cuales se transmite en bloque con sus compañeros de cromosoma. Si tenemos en cuenta que la drosofila tiene 4 cromosomas, comprenderemos fácilmente que estos genes están alojados cada

uno en su correspondiente cromosoma y que incluso, dentro de éste, guardan un determinado orden de colocación.

Vemos pues que no nos hallamos ante meras hipótesis, sino ante cosas concretas, reales, visibles incluso con los más poderosos ultramicroscopios, pues el tamaño material de estos genes suele ser el de unas 15 a 20 moléculas de proteína y aun más pequeño. En esta mínima porción de materia, en este ultramicroscópico gene alojado en el minúsculo cromosoma del núcleo de una célula que suele medirse en milésimas de milímetro; en esta ínfima cantidad de materia se encuentran todos los factores de la herencia: el color de los ojos y cabellos, el sexo que habrá de tener el futuro ser, la predisposición para la música o las matemáticas, las enfermedades ligadas al sexo, como la ceguera nocturna, la ausencia de glándulas sudoríparas, el daltonismo, la hemofilia... Todo esto se transmite por medio de esos diminutos genes que vienen a ser las unidades de la herencia. De esta forma podemos seguir, a la vista de monedas y retratos, el gene del prognatismo de la casa de Austria desde Maximiliano en el siglo XV hasta Alfonso XIII en nuestros días. O el gene del belfo de los Borbones, desde Enrique IV el Bearnés hasta el que hoy quisiera poder llamarse Juan III de España. O investigar la difusión del gene hemofílico de la reina Victoria de Inglaterra entre las diversas casas reinantes de Europa, que produjo, entre otras cosas, la muerte del zarevitch Alejo, hijo de Nicolás III de Rusia, y la muerte del conde de Covadonga, primogénito de los últimos reyes de España. (La princesa Alicia, hija de Victoria, fué a su vez la madre de la zarina Alejandra, la cual tuvo por hijo a Alejo. La princesa Beatriz, hija de Victoria, fué la madre de Victoria Eugenia que fué reina de España y madre de don Alfonso, príncipe de Asturias o conde Covadonga, como se hacía llamar en el destierro). Vemos pues, por todo ésto, la importancia que tienen estos minúsculos genes en la trasmisión de los caracteres que se heredan.

¿Son estables esos caracteres hereditarios? No, si no que a veces suelen originarse rupturas de los mismos que cambian la naturaleza de éstos o la disposición de ellos en los cromosomas, originando nuevos seres con otras características y haciendo así posible la evolución, que ya no sería motivada por la adaptación al medio, como querían los lamarckistas, ni por selección natural ante la implacable lucha por la vida, como afirmaban los darwinistas; sino por la aparición, imprevista y casual, de un gene distinto en el cromosoma o colocado fuera de lugar. Este poderoso factor de la evolución —sin que se excluyan por ello los otros dos— había sido observado mucho antes de que se asentaran las primeras leyes de la Genética.

La Agricultura y la Zootecnia se habían aprovechado, en más de una ocasión, de la brusca aparición de estas variedades —mutaciones— que son trasmisibles por herencia, en contraposición a otras variaciones —fluctuaciones— que sólo afectan al ser vivo en su vida individual sin que jamás se trasmitan a sus descendientes. Ya se puede estar cortando la cola a una raza de perros durante generaciones y generaciones, sin que por ello se logre crear un factor que dé lugar a perros sin cola. Sin embargo se han conocido muchos casos de animales de esta clase que han nacido sin cola y que han trasmitido a sus descendientes este carácter durante generaciones. En el primero de los casos la amputación del miembro no afectaba para nada al gene o conjunto de genes que determina ese carácter. En el segundo caso, ese gene, por causas desconocidas, había sido afectado, creándose con ello una nueva variedad que iba a encargarse de fijar la herencia. ¿Podemos producir a voluntad esas rupturas cromosómicas, motivar la aparición de nuevos genes o conseguir la modificación de los existentes? Sí, pero no videntemente, sino a ciegas. Blaskelie, de la Institución Carnegie, logró en 1938 modificar el número de cromosomas de ciertas especies utilizando la colchicina. Müller, utilizando los rayos X, ha conseguido producir mutaciones dando así lugar a la aparición de nuevas variedades, lo que nos da a entender que la acción del gene es de orden físico-químico. En la actualidad se está utilizando la energía atómica para producir variedades en animales y plantas, bombardeando los cromosomas con radiaciones de esta clase. Todos sabemos de la amorosa solicitud con que están siendo atendidos los puercos y cabras que asistieron a las pruebas atómicas de Bikini. Y todos estamos informados también de las preocupaciones de los hombres de ciencia norteamericanos, después de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, al temer que los mismos pudieran haber afectado los genes y cromosomas de las células germinativas de los habitantes de dichas ciudades, provocando en ellos mutaciones monstruosas. Vemos por tanto que, aunque a voluntad, podamos producir la aparición de estas mutaciones, no nos es posible aún dar en el blanco con plena conciencia de lo que estamos haciendo. Es decir, a lo sumo no podemos hacer otra cosa que disparar en la oscuridad contra una muchedumbre de fantasmas desconocidos.

En el breve espacio de tiempo de que dispongo no me es posible ahondar más en esta materia, ni sería tampoco aconsejable en esta Universidad, que aspira a sembrar inquietudes divulgando conocimientos y no a agotar una ciencia a lo largo de un curso escolar. He procurado por ello, antes que nada, ser liso y senci-

llo —en lo posible—, escarbando someramente en los problemas de la herencia a fin de sembrar la inquietud de este conocimiento en el ánimo de mis oyentes. Para aquellos a quienes lo poco dicho sea acicate para tratar de saber un algo más, me permito aconsejarles la lectura de tres libritos elementales sobre esta materia, pero que les permitirán formarse un exacto concepto de la misma. Los tres están en español. El primero de ellos es el ensayo vulgarizador de Julián Huxley titulado "La Herencia" y publicado por la Editorial Losada. El segundo, "Elementos de Genética", editado por la casa Emecé de Buenos Aires, está firmado por el biólogo norteamericano Edward C. Colin. Y el tercero es la "La Herencia Biológica" de Gregorio Araoz, un pequeño libro de divulgación, en el que están expuestas de una manera amena y didáctica todos los conocimientos actuales sobre Genética.

Ahora, resumiendo lo dicho hasta aquí, podemos afirmar que gracias a los descubrimientos de Mendel, ampliados por una serie de investigadores entre los que destaca Thomas Hunt Morgan, podemos hablar hoy de la base física de la herencia y explicarnos el mecanismo de la misma. Esta se halla alojada en los cromosomas de las células germinales, en unas unidades llamadas genes, que son los antiguos factores mendelianos. Estos se hallan dispuestos a lo largo de los cromosomas de forma que no sólo ocupan siempre el mismo cromosoma, sino también un lugar invariable dentro de él. La alteración de este orden produce las "revoluciones genéticas" o mutaciones, por lo que se forman nuevas variedades con nuevos caracteres. "Dentro de lo que podemos darnos cuenta —explica Huxley— parece que la constitución hereditaria consiste en determinadas unidades químicas, en proporción y posición constantes, que se combinan de un modo preciso para que el desarrollo del animal o de la planta siga cierto camino, siempre que ese desarrollo tenga lugar en un medio exterior standard".

●

Luis Amado Blanco

El Deporte en nuestro tiempo

PARECE ser, señoras y señores que lo primero fué el deporte. No el trabajo, no el esfuerzo dirigido a solucionar éste o aquel conflicto de sustentación o de abrigo, sino el deporte, la libre fuerza acumulada, el juvenil ímpetu de quienes no teniendo nada que hacer, gastan sus energías en una afirmación atlética de su personalidad, en justa competencia con sus semejantes. Nunca esa fórmula ahorrativa, ese artesanismo preciso y transmitido que el trabajo supone, sino el libérrimo derroche, el desocupado correteo, el cultivo, casi místico, de las posibilidades musculares, que el deporte lleva dentro de sí como alma generatriz de su destino.

Para el criterio darwinista del pasado siglo, la evolución histórica era una constante adaptación al medio, un modelarse a él, un plegarse a su fuerza. Para la biología moderna, muy por el contrario, la vida supone una superación del ambiente, un derroche de facultades que, a fuer de atrevidas y espontáneas, modifican el paisaje, la perspectiva de los acontecimientos. El hombre vive, siempre, en lujo de vida, no en pobreza mendicante. Y de ahí que el deporte, el mayor lujo físico del ser, suponga el principio, el arranque de formas y modos de entender la existencia, muy distante aún de los evolucionismos económicos, de las preocupaciones pensantes y filosóficas que, más tarde, han de aparecer en la Historia.

Es curioso, muy curioso el nuevo concepto biológico de la vida del hombre. Y lo es tanto, y ha de serlo cada día más, con sus hallazgos confirmadores, porque dentro de él late, como sin querer, y aún tímidamente, aquel criterio paradisíaco de la primitiva existencia, que la Biblia pinta, con singular colorido, en los primeros capítulos del Génesis. No nos importen los detalles;

dejemos a un lado su formalismo religioso; despreocupémonos de sus peldaños descriptivos. El caso es que el hombre, el ser humano, vivía al comenzar, como en una perpetua juventud y sin preocupaciones de sustentación, dedicado a salvar la especie por el floreo del amor, por el deportivismo de la aventura amorosa. Como afirma el profesor Ortega y Gasset, en su exquisito trabajo sobre "El origen deportivo del estado", "...todos sienten, sin saber por qué, un extraño y misterioso asco hacia las mujeres parientes, consanguineas, con quienes viven en la horda, hacia las mujeres conocidas, y un apetito de imaginación, hacia las mujeres otras, las desconocidas, las no vistas o sólo entrevistas". Es, al fin y al cabo, una llamada de la sangre a su salubridad, un clarinazo de urgencia para la evitación de los heredados caracteres que, por sumas afines debilitan la raza; un mandato existencialista, ya que sin hijos sanos, la humanidad no podría cumplir su misión, acaso sagrada e impuesta por los dioses. Y todo esto se consigue, no por el trabajo, sino por el deporte, por el que semeja inútil, alocado gasto del poderío varonil, en los agrestes lechos de los raptos, organizados en fiebre de eterna primavera.

Claro que según el ser humano se va alejando del Paraíso, según el Paraíso va quedando atrás, envuelto en brisas de leyenda, van surgiendo las agrupaciones por lo primero y fundamental, por las edades. Los niños son seres en agraz; los viejos han cumplido su misión. Sólo los jóvenes, en plenitud de dominio, están capacitados para la gran empresa de conquistar la nueva sangre redentora. Mas, para ello, es preciso la preparación, la forma. Nada se consigue sin lucha, y para vencer en la lucha hay que ser diestros, atrevidos, audaces. El deporte, la competencia deportiva, el entrenamiento, la selección, son fases obligadas, de tal circunstancia. Los débiles, son viejos prematuros que acaso la horda no pueda sostener. ¡Los fuertes, sólo los fuertes! Y los fuertes metidos, por propio gusto, en férreas disciplinas deportivas, se pasan las horas, los días, los meses, preparándose para la gran cacería del rapto, para la gran llamada de la sangre nueva.

Y no sólo esto, nunca solitario este afán de gérmenes nuevos para la múltiple raza del porvenir, ya que no, únicamente, de pan se vive. El hombre, aquel hombre primitvo puesto de pie frente a las estrellas, tiene que ir forjando, paso a paso, su personalidad. Está rodeado de misterios que lo sobrecogen, de fenómenos que lo asombran. No puede encararse con ellos, porque aún sus circunvoluciones cerebrales no dan para tanto. Intuye, solamente. Vive en un mundo de sombras que no le es dado despejar. Se siente, únicamente, a sí mismo, y de sí mismo, su naturaleza

corpórea, es decir, su instinto corporal. No es, por lo tanto, absurdo que trate de afianzarse en sí, logrando el perfeccionamiento de sus mecanismos internos, de su poderío, merced al cultivo del músculo. Cuanta más destreza, cuanto más domine su fuerza, cuanto mejor sepa utilizarla, más crecerá su influencia personal, más se sentirá afincado en su "yo". El triunfo en las justas preparatorias, y en las decisivas, ha de devolverle la ansiada imagen, ingenuamente espiritual, de su pujanza. Y en consecuencia, después de la victoria, ha de atreverse a mirar a lo alto, a la incógnita, con un poco más de serenidad, de confianza. El que todo lo pudo contra el enemigo, el que vence a sus propios camaradas, bien puede intentar, con relativo sosiego, el meter los ojos por la bruma de los desconocidos hechos. El jefe se convierte de este modo en sacerdote. Juntos los dos poderes: El de aquí, el de lo que se sabe, y el de lo que se intenta saber, por el curioso mecanismo de la preparación deportiva.

Así fué desde el comienzo. El deporte no ha dejado de ser así, no lo dejará nunca. El hombre ha pretendido, desde antes, ser más que él, transplantar sus posibilidades a otras regiones activistas, a otras más metafóricas empresas. Mas para ser tiene que existir, conservar y mejorar su máquina física, y a ello ha dedicado siempre, o casi siempre, una parte de su tiempo, o una parte de su preocupación, ya que ese oscuro anhelo de la continuidad de sus empresas, en las empresas de sus descendientes, ha latido, con pujanza, por el cauce, casi diríamos físico-metafico de las arterias. Vivencia y supervivencia, quedan de este modo unidas en la turbulenta ideología del deporte. Y en el medio, como un puente maravilloso, el amor, la atracción, la eugenesia con categoría de lógico estimulante.

Pensemos en un espectáculo deportivo de cualquier época, de cualquier momento histórico, y veremos, con claridad meridiana, que salvo detalles de armamento, trajes y ceremonial, es siempre idéntico a sí mismo, es siempre consecuente con esta raíz nutricia de amor, antes apuntada, y a quien se achaca, nada menos, que la catálisis de su nacimiento, la chispa primera de su nacer. Unos cuantos hombres, líderes en el manejo de esta o aquella arma, van a medir su poderío. En una tribuna, más o menos historiada, los jueces y las bellas, contemplan el suceso. Y, ya se sabe que, en los ojos de las mujeres, brilla la llama del instinto, gritándolas, empujándolas hacia el vencedor, entregándolas al victorioso de una manera más o menos real, más o menos realizable, pero no por eso menos digna de tenerse en cuenta en nuestro análisis intencional de los quehaceres deportivos. Apúntese que, hasta nuestros días en que la mujer salta a la calle de

las actividades sociales de toda índole, transtornando y conturbando su equilibrio endocrino, poseía, ésta, un mecanismo biológico global, que bien se ha podido llamar "anabólico", es decir, de ahorro de energías y, también, de apetencia, de seguridad para su más o menos presentida prole. Pues bien, en el triunfador, en el victorioso, la hembra vé una garantía de defensa, una superioridad tipológica que no podía menos de atraerla, de incitarla a una unión, más o menos canónica, con el varón que, blandiendo diestramente la activa espada, ha sabido imponerse sobre su contrario. El amor y la muerte se cogen aquí, como en toda ocasión, del contradictorio y no tan contradictorio brazo. Pasean y parean el atractivo de la carne, con la descarnada fría osamenta, símbolo del humano perecer. Cierran, juntos, el extraordinario círculo de la vida. Proponen, nos proponen, un delicado análisis al que, por razones de tiempo y aún de mesura, no es posible que podamos penetrar en esta obligada corta charla. Pero, pongamos un ejemplo más, uno más siquiera, ya que como dice el refrán, "es bueno predicar con el ejemplo", o con los ejemplos, digamos nosotros. Recordemos esa fiesta, esa fiesta deportiva que se llaman los toros, y que en España, y algunos países americanos, mantienen en alto como clara bandera de un confuso destino, entroncado con las fuerzas más primitivas, es verdad, pero también más sustentadoras. Ya el hombre repudia la idea de matar a un semejante y aún la de infligirle agravios, tanto físicos como espirituales. Lucha tan sólo con la fiera terrible. Goza mostrando su majeza, su realeza —como bien expresan los aficionados— en el anillo cerrado y pálido del ruedo. Hacen correr la muerte a lo largo de su taleguilla, y hasta se la enrollan en círculos concéntricos, cada vez más complicados, cada vez más cercanamente hirientes. Juegan, en singular hierática postura, con el mortal enemigo, agitando la flor del capote, la irritación arbolada y punzante de las banderillas, la espada, con la que ha de poner término a la simbólica faena. En los palcos, en los tendidos, ataviadas con prendas pagano-religiosas —mantilla y peinas— las mujeres sufren la conmoción brutal, de la eterna llamada. Es por ellas y para ellas, aunque se las ignore, a quien van dirigidas las peligrosas suertes. A ellas, y al dinero, si queréis. Que, como decía un gran torero "más cornadas dá el hambre", y la riqueza, como bien claramente descifró el Dr. Marañón, también proporciona aquel incentivo de la seguridad a que tan cara se muestra el "anabolismo" femenino. No es, por lo tanto, caprichoso, que en la mayoría de las lenguas cultas, al desamor, a la traición amorosa, se le diga "cuernos", "poner los cuernos", "poner los tarros", es decir, transformar —en una extraordinaria imagen

vital— al marido, en fiera, y al don Juan, en torero, en burlador, con indudable peligro de muerte, ya que se está faltando —por lo menos en potencia— a la legitimidad de la descendencia elegida.

Al llegar aquí, sospecho que, muchos de ustedes, se preguntarán: ¿Pero, y en nuestro tiempo, el deporte en nuestro tiempo, como reza el título anunciado de esta lección de la Benemérita Universidad del Aire? El deporte de nuestro tiempo, tiene, por encima de otras cualidades —todas las cuales no niegan, sino afirman su esencia descrita— tienen, digo, dos características sobremanera sobresalientes: El narcisismo, y la incorporación de la mujer.

Claro que, el narcisismo, es tan viejo como el deporte, que nació con él, a su lado, pegado a su columna vertebral, como el hermano siamés de sus proyecciones. Pero algo sucede ahora, que no sucedía antes; algo que lo hace más frecuente, que lo justifica, que lo explica en una palabra. Antiguamente, como hemos visto, el deporte tenía un innegable sabor guerrero; era, por decirlo así, un entrenamiento para la batalla. Los deportistas eran, al fin y a la postre, soldados u oficiales que iban a partir en busca de la posible muerte, metidos dentro de vistosos uniformes, luciendo el bruñido armamento que brillaba con pálidos destellos terríficos. En las horas de soledad, de aislamiento, en las monótonas horas de los ejercicios gimnásticos, el narcisismo, el amor a la forma, a la perfección de estatua, la pasión admirativa por los más bellos ejemplares, es natural que, de cuando en vez, jugara una mala pasada al equilibrio sexual de aquellos singulares deportistas. Narciso, hijo del río Cefiso y de la ninfa Liriope, aquel que se enamoró de su propia imagen al mirarse en las quietas aguas de un lago, y pretendiendo cogerla se precipitó en el fondo, muriendo en el espasmo acuático de amarse a sí mismo, parecía elevarse entre ellos, como el dios de sus máximas aspiraciones, como el símbolo de su personal orientación. El intersexualismo cundía entre las apretadas y aisladas filas. Pero el uniforme, el destino guerrero, frenaba, debilitaba estas caídas de perversión, estas anormalidades de los seres encerrados en circunstancias particularísimas. Un hombre vestido de uniforme, es como un gallo, de parada cresta, cantando fanfarrón en la madrugada de su harem. No hay que olvidar los vistosos y llamativos colorines del atuendo militar hasta el comienzo de la primera guerra mundial. Un verdadero tratado de atracción, un canto bélico al amor, con acompañamiento de amor bélico, por aquello del amor y de la muerte de que hemos hablado. Además, después de la lucha, llegaba, debía llegar la mujer, y con ella la orgía. El equi-

librio retornaba por sus fueros. Y lo que había sido nube, tormenta ocasional, se despejaba luciendo el claro cielo de la intersexualidad de los contactos, obligando al ser a pararse en su natural destino. En nuestro deporte de hoy, no acontece nada de esto. Ya no hay ni uniformes llamativos, ni aventuras mortíferas detrás de sus maniobras. El hombre moderno y, sobre todo, el hombre actual ha acudido al deporte para balancear su conflicto maquinista, para salvar su máquina viviente, del encierro y la precisión de sus helados movimientos. Se hace deporte puro, extracto de deporte, sin más fin ni principio que el goce de su propia existencia, sin más cálculo, que el cálculo matemático de vencer una marca o de lucir más estatuarios. El deportista es un ídolo, porque el hombre de las grandes ciudades, sueña con la libertad, con el cultivo físico de su cuerpo, entumecido por sedentarias tareas. Y retorna a ser un espectáculo, no como antes para saciar negros instintos, o para demostrar la pujanza de las huestes, o para distraer la atención popular de los manejos del poder público, sino para convertirse en un vano sueño de aspiraciones, de la masa encadenada a su propio poderío. Así, sin freno alguno, el narcisismo deportista es, también, un espectáculo. Un espectáculo del cual todos participamos, y en una u otra medida todos ponemos el sonar de nuestras palmas. Muchas causas se ajustan para hacer posible este extraño fenómeno. Como si la humanidad, cansada de ser, hastiada de sí misma, quisiera cerrar la puerta del porvenir, con el mísero barro de los amores estériles.

Tampoco la mujer es exacta actualidad en el deporte. Pero antes su esporádica aparición era sólo válvula de escape; se manifestaba en ligeros movimientos, superficiales e inconexos, por donde se rompía la paz de las costumbres, para volver a soldarse más férreamente al parecer que antes, mientras que ahora, la mujer, interviene en la vida deportiva a la par que el hombre, en esa bárbara ascensión de la masa que no tiene por qué distinguir de sexos ni de equilibrios anímicos. Hay que estar en forma, esa es la consigna de nuestro tiempo y, por lo tanto, las trabajadoras mujeres, saltan a las canchas de tennis o de soft ball, a las piscinas y los mares abiertos, al sol y aire brusco de las playas, a fortalecer sus músculos, a crearlos y recrearlos, como si la salud, el equilibrio vital, el "corpore sano", pudiera ser, en suma, una conquista muscular, una hipertrofia del músculo. La mujer flaca, y por lo tanto varonil, salta a la arena de nuestras realidades. Aquellas redondeadas formas que la anatomía clásica supuso, siempre, características defensoras de la maternidad, van disminuyendo a pasos de aceleradas generaciones. La moda de la mujer, desde la primera guerra mundial, aumenta el volumen y fortaleza

de sus hombros, estrechando, a la par, el volumen de sus caderas, en un acercamiento perfecto a la silueta masculina. Ya de aquella mujer que conocimos de niños, va quedando bien poco. Del pudor a la desnudez, casi nada. Y como el misterio, el entrever, era quizá uno de los más formidables mecanismos de la atracción, la exaltación amorosa para los contactos necesarios a la especie se va buscando por otros derroteros, tales como el alcohol, las drogas, o esas orgías privadas, propicias a los más extraños contubernios. El narcisismo femenino, hace también estragos, y con él se completa ese panorama triste de nuestra decadencia, de la que el hombre actual no sabe como va a salir. Si pulverizado por esa amenaza atómica, que tan exactamente nos pintó, hace algunos domingos, el profesor Gran, o por el miedo, un miedo científico, que no puede substituir al miedo religioso, de antes, ya que este se nutría de otros mucho más altos y puros anhelos redencionales.

Les he pintado, sin duda, un cuadro tal vez desconcertante del deporte. Supongo que ustedes contemplaban el deporte de otra manera: Pleno de alegría, de confiado pudor, de jubilosa superación. Ejercicios al sol y al aire de la vida, perfecta coordinación, gustoso cansancio, nos engañan dejándonos ver, únicamente, la espuma de su estilo. Pero no nos equivoquemos, ni se equivoquen achacando a mi posición interpretativa, este desolador espectáculo de sus entrañas. Las entrañas son siempre una revuelta cosa. Este curso de nuestra Universidad del Aire, se titula "Ideas y problemas de nuestro tiempo", y yo he pretendido tomar del deporte, del deportivismo, aquello que tiene de problema, de gran problema, bien trabado y asido a la problemática general de nuestra hora. Ignorarlo, tomarlo a broma, negarlo, no sería sino ceguera mental, en camino de catástrofe. El deporte, bien utilizado, bien medido, puede y debe ser una valiosa arma de salvación. Lo fué en algunos instantes de la Historia. He pensado que conociendo hoy, bastante exactamente sus esencias, sería un pecado de frivolidad, no inquietaros con estas deducciones, acaso un tanto excesivas. De aquí en adelante podrán observarlo con más justo cálculo, con más meticuloso tiento, impidiendo, cada cual en su medida, que el deporte ande por ahí, suelto, batido por los alocados vientos del azar.

Luis A. Baralt

La crisis del valor estético

SE dice que el mundo está en crisis. ¡Ojalá! Cuando el médico constata que el enfermo entra definitivamente en vía de restablecimiento o, por el contrario, que su muerte puede darse por segura, afirma que la enfermedad ha hecho crisis. Sobreviene para los familiares y amigos el relajamiento de toda tensión, nace la esperanza o se resignan ante lo inevitable. Es un momento, en todo caso, de serenidad, de alivio, de perspectiva diáfana para el futuro. Por desdicha, no es esa la situación del mundo. Atravesamos una etapa mucho más grave: una como pre-crisis cuyo signo es la angustia, cuyo diagnóstico nadie ha podido hacer, aunque todos lo intentemos; una etapa ora entenebrecida por el temor de la muerte (sin el consuelo de poder predecirla con certeza), ora iluminada por una fe vaga en una vida nueva cuyos perfiles somos incapaces de esclarecer.

Pero hemos dado en hablar de crisis y es fuerza analizar el concepto. En realidad, ninguna crisis es reconocible sino con amplia perspectiva histórica. Sólo después de haber colocado a lo largo del hilo de la historia, como cuentas de diversos colores, las grandes culturas que llamamos helenismo, cristianismo, renacimiento, romanticismo, (por no mencionar más que las cuentas mayores), puede el historiador descubrir y caracterizar, con dudosa aproximación, los momentos críticos que las han precedido. El hombre, inmerso en la corriente del acontecer, siempre se ha creído en crisis, siempre ha querido —insatisfecho— renovar su mundo, soñar con una existencia mejor, rasgar el velo del misterio presente, labrar el porvenir. Siempre para él, la realidad hodierna ha sido realidad de transición, en trance de alumbramiento del mañana.

Dentro de esta relatividad del concepto crisis ¿cabe hablar de una crisis de los valores; específicamente del valor estético? Nadie negará que el arte —concreción de este valor— que siempre se ha caracterizado —más aun que la moral, que la política, que la religión— por una fermentación continua, nos muestra de unos años a esta parte, cambios violentísimos, sacudidas inusitadamente profundas de la sensibilidad que autorizan a afirmar que se ha producido, se está produciendo, no una evolución normal, sino una revolución. Los síntomas de esta crisis (llamémosla así) son evidentes y no nos detendremos a enumerarlos. Pero constatemos que son consecuencia de una total reestructuración de la vida humana como resultado, en lo material, de una nueva economía, a su vez producto de la industrialización, y, en lo espiritual, de una revisión de los conceptos básicos de hombre y universo que acarrea la transformación radical de los postulados de la ciencia. Cuando el hombre multiplicó la fuerza de su brazo esgrimiendo un hacha de piedra; cuando acortó distancias inventando la rueda; cuando modificó su visión de la tierra y el cielo con la formulación de la ley de gravedad, se produjeron profundos cambios en sus módulos de vida, idénticos a los que hoy presenciamos. Sólo que las transformaciones que en lo social y lo espiritual han producido la técnica moderna y la nueva ciencia (la desintegración del átomo y el universo cerrado de Einstein, por no citar más que sus manifestaciones más espectaculares) parecen llevar un ritmo sin precedente. Ha habido más cambios en nuestro mundo, comparado con el de nuestros abuelos, que los que presentan veinte siglos de la historia del antiguo Egipto. Si la evolución de la casa de los Vetti en Pompeya al Trianón (diez y ocho siglos) es meramente gradual, la transición entre éste palacio y el Centro Rockefeller (dos siglos) es radical. Ingres está más cerca de Rafael que de Kandiuski; Beethoven se diferencia menos de Monteverdi que de Schönberg. El mundo no avanza hoy, como hasta ahora, al compás de un "andante", sino a saltos de acróbata. Y, claro está, este "tempo" aceleradísimo se comunica a todo. La revolución que se opera en los métodos para cosechar el trigo o para producir cualquier artículo industrial repercute en nuestros valores éticos o religiosos o estéticos, no menos que el más abstracto descubrimiento de la ciencia pura. El cambio mismo induce al cambio. Innovar ha dejado de ser peligroso. Ya no hay que ser heroico para disentir, hacer tabla rasa de lo viejo —aunque lo viejo no tenga ni un año— y plantar nuestro estandarte **plus ultra** —aunque lo clavemos en el vacío. Nada nos parece imposible, porque lo "imposible" ha llegado a

ser. Esta contagiosa movilidad, este prestigio del cambio es causa y efecto de la fantástica aceleración que antes apuntaba.

Y ¿cuál es la esencia de este mundo caleidoscópicamente cambiante? Por una parte, presenciamos una serie de conquistas, de logros concretos; lo que el hombre se propone lo hace o está convencido de que lo llegará a hacer. Por otra, la mutabilidad de todo le hace vivir al día; no arrastra la cola del pasado ni tiende el índice hacia el porvenir; su existencia se le ha fruncido; es como una pirámide puesta sobre su ápice, sin los puntales de la tradición y el destino. En otros términos, nuestra civilización tiene dos caras contradictorias: la confianza y la duda. Frente a la naturaleza el hombre se siente como nunca el amo todo poderoso; frente a sí, es todo incertidumbre. Se me antoja que la cultura, una verdadera cultura, como lo fué la griega del siglo V A. C. se caracteriza por los mismos dos rasgos, pero a la inversa; las mismas dos caras, pero en lo material, el miedo y en lo espiritual, la certidumbre, el valor entendido e indiscutido.

¿Cómo se manifiesta esta llamada crisis o diríamos mejor esta inestabilidad, esta incertidumbre, en el campo de los valores estéticos? Primeramente, en un afán inmoderado de liberación. Lo mismo se ha dicho, es cierto, del romanticismo — la rebelión contra los cánones. Pero es esta liberación contemporánea de muy otro orden que aquélla. Si la de los románticos era esencialmente temática, la de los artistas de hoy es sobre todo formal. Lo que se ha modificado es el lenguaje, verbal, plástico o sonoro, son los elementos expresivos de que se valen. Cada artista busca los suyos, con olvido muchas veces de que la esencia de todo lenguaje es la comprensión común de sus signos, y en la esperanza de llegar, por vía de la inventiva formal, a reconditeces inexploradas del alma. Así este afán de liberación se traduce en un desenfrenado individualismo. El artista trata de establecer un vínculo críptico, esotérico entre su yo subconsciente y su obra, confiado en que la magia formal de ésta revelará aquél a quien la contemple. Diríase que el artista ha dejado de hablar con el prójimo para monologar consigo mismo. Nunca como hoy ha parecido el artista prescindir del público; nunca como ahora, ha tenido la impudicia de desnudar su alma por completo para el que quiera verla. En cierto modo se impone una revisión de la teoría de la deshumanización del arte. Ciertamente, se ha deshumanizado en el sentido de prescindir de toda imitación de la naturaleza; se ha deshumanizado en cuanto ya no es, o no suele ser, instrumento para recontar los episodios de la vida en sociedad, se ha deshumanizado en la medida en que prima lo formal, lo abstracto, lo irracional; pero desde otro punto de vista, nunca

se ha centrado tanto en el hombre, en el "yo". Si el artista otrora fué intérprete del mundo que le rodeaba (de la naturaleza, de la vida en comunidad, de sus dioses y sus héroes), hoy el artista no parece interpretarse sino a sí mismo; a lo sumo interpreta su circunstancia.

Este subjetivismo a ultranza del arte contemporáneo no debe interpretarse como inclinación a lo inspiracional, lo espontáneo, lo caprichoso. Al torcerle el cuello al cisne del romanticismo, se ha enterrado también para siempre el bocetismo y la improvisación. Nada más superficial y erróneo que el juicio vulgar, tan frecuentemente escuchado en las exposiciones de pintura moderna, de los que dicen: "Eso lo pintaría cualquier niño, lo pintaría yo sin saber pintar". Si esto es verdad en el caso de algún pseudo artista, en general dista mucho de ser cierto. El verdadero artista moderno es un buscador apasionado de la precisión, de la línea exacta, la nota insustituible, la palabra única. Si de algo peca es de esa escrupulosa preocupación por la forma que los ingleses llaman sofisticación. La ingenuidad nunca es su defecto, ni su virtud.

Estamos en plena orgía de las formas. Las artes plásticas y literarias viven en perpetua envidia de la música, que es pura forma. Lo que en la estética tradicional tenía una significación muy secundaria (la teoría de la unidad en la variedad, los cánones pitagóricos, las curvas de Hogarth) amenaza con absorber todo el campo de la expresión artística. El quid no está en "lo que se dice", sino en "cómo se dice". O mejor aún es no decir nada, hacer que el "cómo" se convierta en "qué". Si la pintura y la escultura totalmente abstractas son excepcionales, abundan los ejemplos en que la referencia a la realidad es un mero pretexto vergonzante.

Es curioso señalar que lo que los artistas plásticos quisieran hacer y que, precisamente porque son artistas, casi nunca hacen, lo están realizando los matemáticos. Hay un grupo de profesores universitarios que se han entretenido —y no uso esta palabra en sentido peyorativo— en desarrollar en formas planas y tridimencionales ciertas complicadas fórmulas matemáticas, con los resultados más sorprendentes. Las obras salidas de sus manos —y de sus cálculos— y que recoge la revista **Scripta Mathematica,** publicada por la Univeridad de Yeshiva en Nueva York, constituyen un mundo fantástico, pero de seductora belleza, que guarda estrecho parecido con las formas primarias y recónditas de la naturaleza (la disposición de las células en los tejidos, la voluta de un retoño, la anatomía de una ameba), salvo que la naturaleza se equivoca y los sabios no, que aquélla parece proceder

por tanteos, diríase que a saltos —pese al Estagirita—, y éstos con la fría precisión de sus ecuaciones y tablas logarítmicas. Otras veces estas formas creadas en el laboratorio recuerdan a las de sus hermanos los objetos utilitarios, (tornillos, hélices, cables en tensión). ¿Se concebiría este ejercicio de creación racional de formas puras en otra época que no fuese la nuestra? Es cierto que los griegos se deleitaban trazando grecas y los árabes sus combinaciones geométricas. Sólo en nuestra época la forma pura ha dado el grito de independencia.

No quisiera que cuanto precede condujese a mi auditorio a conclusiones demasiado pesimistas. En realidad, no es un estado de decadencia estética el que nos aqueja. Muy por el contrario, me atrevería a afirmar 1) que nunca en la historia de las bellas artes se ha constatado mayor fermento y actividad, 2) que la reflexión filosófica en materia estética, según atestigua una inmensa bibliografía, acusa una preocupación general sin precedente, 3) que en ningún momento de la historia de la humanidad se ha logrado tan generalizada difusión de la belleza. De estas tres afirmaciones podemos concluir que, pese a los desatinos y tropiezos, pese a los fallos y caídas que toda experimentación conlleva, la labor de asepsia y purificación que se ha venido realizando en los últimos años en las diversas artes les ha impartido una agilidad, una idoneidad expresiva que las capacita para el más cabal y libre cumplimiento de su alto destino. Si en el panorama del arte no se destacan muchas altas cumbres, comparables con las que representaron antaño Miguel Angel, Shakespeare, Beethoven, no es sin duda porque a los nuestros les falte el lenguaje adecuado de expresión, ni porque su sensibilidad se haya embotado, ni por displicencia y hastío de su espíritu de búsqueda, sino porque el hombre que palpita detrás del artista vive en confusión y duda, no sabe si el mundo es esto a aquello —la ciencia se ha encargado de desorientarlo—, no sabe qué lugar ocupa él en el mundo, de dónde viene y adónde va, y el arte no tiene más razón de ser que comprender al hombre y al mundo. Quiere esto decir que las quiebras que, indignados, señalamos en nuestro arte, no son atribuíbles al artista, sino al hombre. No es el arte sino la humanidad quien está desorientada.

Pero a falta de cumbres, presenciamos hoy, para nuestro consuelo, una prometedora difusión del arte. La mecánica (radio, cine, artes gráficas) ha democratizado el arte en medida sorprendente con beneficio indudable para el hombre medio. La industria por fin se ha dejado permear estéticamente. Compárese un automóvil de principios de siglo con uno del último modelo. En las artes aplicadas la intervención del especialista estético, cuidador

de las formas, se cotiza y aprecia como nunca en épocas pretéritas. El hombre moderno (si no todos los hombres, indudablemente una minoría cada vez mayor) vive rodeado de formas gratas.

En resumen, la crisis del valor estético (y ya hemos visto en qué sentido relativo hay que tomar el término) refleja fielmente la crisis de los demás valores, la crisis del mundo. Nuestro arte es un cuerpo espléndido y robusto, pero desasosegado por un mal misterioso de la voluntad. Como el mundo, es una formidable máquina que no sabe dónde va.

●

Jorge Mañach

Resumen del Curso

AUN autor de folletines populares le preguntaron en cierta ocasión cómo escribía sus novelones. "Lo primero que hago —contestó— es idear un buen título que sea conmovedor, o que dé escalofríos". "¿Y después? —inquirió el entrevistador. "Después... paso los grandes apuros para justificar el título!".

Algo de eso les confieso que me ha ocurrido a mí con esta charla. Al hacer el programa del curso que hoy terminamos, me pareció muy prometedor titularla "Resumen del Curso"; y no sabía en lo que me metía. Yo también he pasado grandísimos apuros para reducir a breve inventario las ideas y problemas de que han hablado nuestros disertantes. Me temo que en vez de resumen va a resultar sólo un cajón de sastre. Pero haré siquiera el esfuerzo por hallarle alguna unidad de sentido a la larga miscelánea de trabajos que hemos venido escuchando.

Nuestro curso ha revestido una dualidad que se acusaba ya desde el título mismo: "Ideas y problemas de nuestro tiempo". En general, las ideas son convicciones, formas de certidumbre; los problemas, por el contrario, son inseguridades. Al titular nuestro curso como lo titulamos, estábamos ya dejando entender que nuestra época, a diferencia de otras más estables, tiene sus convicciones a la defensiva, que sus ideas son como imágenes de objetos inseguros, en suma, que está dominada por la problematicidad. Ese carácter controversial, conflictivo, es la dualidad más honda que nuestro curso ha hecho patente.

En seguida volveré sobre eso; pero notemos antes otras dualidades menores de nuestro curso que, a lo mejor, tienen algo que ver con aquélla. Algunas de nuestras disertaciones han sido abstractas y más o menos especulativas: han tratado, sobre todo, de

valores; otras, en cambio, han sido concretas y principalmente informativas: se han referido a hechos, a cosas. En unas el acento lo puso el sujeto; en otras el objeto. Correspondientemente, los expositores han sido de dos tipos: unos, de la profesión literaria o filosófica, en que lo emocional suele ir aparejado con lo intelectual; otros, de la profesión científica, que hace gala de su imperturbable frialdad. Se comprende que los primeros se interesaran más que nada en lo que debe ser, y estos otros solamente en lo que es. Y me parece que la pregunta de más monta que podemos hacernos es si hubo alguna unidad entre tanta disparidad.

Al principio del curso se habló mucho, como ustedes recordarán, de la crisis de nuestro tiempo. Oyentes hubo que hasta pensaron que hablamos demasiado de eso y que estábamos casi creando un pánico radial, como el que se suscitó hace algunos años en los Estados Unidos con cierto programa que, simuladamente y del modo más estruendoso y apocalíptico, informaba sobre la invasión de aquel país por legiones venidas del planeta Marte. Pero aquí Marte no ha figurado más que en la imagen de un visitante muy plácido y cortés de que se valió alegóricamente María Zambrano. No diré que no nos asustáramos un poco, porque la verdad es que, hoy día, el que más y el que menos vive un poco asustado; y, por otra parte, alarmar en la justa ocasión y medida es una de las funciones de lo que arrogantemente solemos llamar la inteligencia. Pero no creo que nuestro curso, tomado en su conjunto, tuviera un sentido espantador o siquiera negativo.

Si ustedes hacen memoria (o vuelven a leer, como lo he hecho yo para esta charla, todas las conferencias publicadas en nuestros Cuadernos) notarán que la idea de crisis acudió sobre todo a las conferencias iniciales, la que se referían a la atmósfera o a la intimidad espiritual de nuestro tiempo, y que esa ominosa palabra, "crisis", la emplearon casi exclusivamente nuestros profesores del tipo literario-filosófico, no los de inclinación científica. Aquellos se mostraron angustiados; éstos nos parecieron bastante tranquilos. Es tal vez permisible inferir de esto una de dos cosas: o que los hombres de ciencia, con perdón sea dicho, no tienen sensibilidad alguna, o que los literatos y filósofos la tenemos excesiva, y nos acongojamos en demasía por falta de humildad, de conformidad con los puros hechos.

Pero mi tarea no es tanto enjuiciar como resumir. Nuestros letrados, como ustedes recordarán, hallaron la evidencia de la crisis en una conciencia difusa de fatiga, de desilusión, de incertidumbre; y la mayoría de ellos la atribuyeron a que el hombre contemporáneo puso demasiada fe en lo externo y no el espíritu.

Los nuevos fundamentos de su confianza le resultaron aleves: la técnica, el maquinismo, la civilización material no nos han dado un mundo más tranquilo, sino más violento e inseguro. Ante esa frustración, el hombre se ha quedado sin asidero espiritual, sin fe; es la angustia de nuestro tiempo. Al quebrar las convicciones, entraron en crisis las jerarquías y proporciones sociales, según Ichaso; las normas jurídicas y morales, según Bustamante; la fecundidad humana para lo categórico y para producir grandes personalidades históricas, según Marquina; las formas de convivencia, según Suárez Solís. El hombre, que había logrado desencantar la Naturaleza, despejarla de misterio, se mostró según Roa, incapaz de comprenderse a sí mismo, y se entregó a la irracionalidad. Al escribir esta charla, pienso que tal vez Luis Baralt, haya sugerido, en su conferencia de hoy, cómo el arte da testimonio de ese caos interno. Y no sé si Humberto Piñera me aprobará el que yo diga que su existencialismo también da fe de ese hombre sin fe, es decir, sin certidumbre respecto de una esencia, de una finalidad, de un destino por el cual la vida cobre sentido más allá de la pura existencia individual.

Lo cierto es que la angustia existe. Algunos de nuestros disertantes sugirieron remedios de orden subjetivo. Rosario Rexach nos dijo que cada cual tenía que volver por la autenticidad de sí mismo; Juan Luis Martín nos invitaba a rehacernos la conciencia volviendo por el sentido de lo trascendente, es decir, volviendo a Dios; a ese mismo efecto, Lasaga nos daba a elegir, discretamente, entre las fórmulas medievales de la filosofía cristiana hoy reeditada. Me limitaré a sugerir que tantas fórmulas de salvación lo único que logran es aumentar nuestro embarazo, **l'embarras du choix,** que dicen los franceses. La salvación no puede ser **elegida,** a mi juicio: tiene que nacer imperiosamente de la objetividad misma de nuestro tiempo...

Pero tal vez la situación no sea tan grave. Es curioso que fueran tres españoles (gente de más tradición de apuros históricos que nosotros) los que tomaran eso de la crisis con cierta serenidad. Suárez Solís nos dijo que el remedio no se hallará en ningún retorno "al ámbito mental perdido", sino en lo que "aconseje como mejor la ciencia experimental"... María Zambrano no se resigna a admitir el deceso de nuestra cultura de Occidente, cultura hecha, según ella, a base de "una doble fe en la inteligencia y en la libertad", y nos aconsejaba olvidar que estamos en crisis, precisamente para tener energía con que superarla. En fin, el Dr. Pittaluga, rozando implícitamente el conflicto más dramático de nuestro tiempo, el que tiene por polos adversos el deseo de libertad y el anhelo de seguridad, nos recordó, apoyán-

dose en la biología, que "la vida es de suyo azar", y toda conducta, riesgo; por lo cual no hay que esperar complacencias de la realidad hacia nosotros, sino más bien adaptarnos nosotros a ella, y en cuanto a las ideas, adaptarnos los unos a los otros, ser tolerantes.

Esta posición tendía ya a conciliar, pues, las ideas con las cosas, y las ideas entre sí. Fué el puente entre la visión filosófico-literaria y la visión científica. De ésta se encargaron no sólo los hombres de ciencia en nuestro modesto claustro, sino también los periodistas, que son también, al menos en principio, gente respetuosa de los hechos, como lo acreditaba Ichaso en otra de sus conferencias. El acento de esos partidarios de las cosas fué, como antes dije, informativo y, a lo sumo, tranquilamente crítico.

Pero aquí hay que hacer una conveniente distinción. Algunas de las conferencias de espíritu científico fueron sobre un saber de cosas ajenas al hombre, o tocantes al hombre considerado él mismo como cosa. Y ésas resultaron plácidamente objetivas. Gran nos habló de la más dramática peripecia de nuestro tiempo, la fisión del átomo, sin demasiada alarma, como si en el fondo tuviera la seguridad de que la misma inteligencia que había logrado inventar la bomba atómica acabaría por descubrir los modos racionales de administrarla, es decir, de administrar al hombre. ¡Bendita fe la de nuestro sabio amigo! Con parecida confianza nos hablaron Agramonte, Bernal y Ortega de sus respectivas disciplinas, y los médicos como Lavalette e Iglesias Betancourt, de sus más incitantes problemas.

Es significativo, sin embargo, que ya Chelala, médico también, se indignara un poco dentro de su tema. Y es que, tan pronto como se trata de temas científicos que no se refieren a las puras cosas, sino que rozan los intereses y el querer humanos, surge la dramaticidad. De la higiene social, científica consigna, se desentiende la incuria gubernativa. La ciencia misma se frustra, o incurre en supercherìa, —como lo apuntó Massip, a propósito de la "Geopolítica"—, cuando se mete por medio la humana pasión. A espaldas de todo rigor científico, el concepto de raza sufre desdoblamientos, que son, nos dijo Fernando Ortiz, un semillero de prejuicios y de tensiones sociales; y hasta el deporte, que parecía tan inocente resultó en manos de Amado Blanco casi un explosivo. Hay que llegar a la conclusión de que el gran perturbador de la Humanidad es su impulsor mismo: el espíritu. O, por lo menos, aquella soberbia demasía con que a veces el espíritu se insolenta contra las humildes cosas.

Se explica así que las conferencias de espíritu científico más problemáticas fueran las de orden social y político. Sobre todo

las referentes a doctrinas o interpretaciones, no las de simple discernimiento y descripción de hechos. Cuando se inter-preta, como la palabra lo indica, siempre se mete algo entre lo objetivo, algo del espíritu. La visión se hace apreciación y se parcializa inevitablemente según eso que llaman la "ecuación personal".

En las conferencias doctrinales se nos dibujaron los grandes dilemas que hoy día se disputan nuestra orientación: libertad o autoritarismo, liberalismo o planificación, individualismo o socialismo, pasivismo económico o activismo keynesiano, etc. Martí, Martínez Sáenz, Masó, Maestri, Lliterras, hicieron todo lo prudente por dirimir esas grandes querellas de la política y la economía. De su esfuerzo me quedaron dos impresiones: una la coincidencia de nuestros disertantes en la reafirmación de los valores democráticos frente a todas las abjuraciones que la fatiga engendra; otra, la de que no ignoraron, sin embargo, los retos que la experiencia actual presenta a las concepciones tradicionales, ya sea en política o en economía. Ninguno de ellos se adhirió a fórmulas absolutas de renovación; pero todos acusaron la necesidad de buscar, en planos superiores de organización, una síntesis entre los principios establecidos y los fines que el nuevo pensamiento social propone. Con más o menos énfasis, todos observaron que nuestra época, por debajo de sus conflictos y en razón de sus mismas contradicciones, tiende instintiva y racionalmente a la unidad.

Hasta qué punto confirman esa aspiración los hechos históricos actuales, nos lo sugirieron Lavín, Portell Vilá, Santovenia. Los nacionalismos primarios tienden a superarse en formas superiores de integración regional o continental. Y hasta del espectáculo de Europa y de Asia, que tan lúcidamente nos describieron Francisco Parés y Juan Luis Martín, derivamos la impresión de que si los mundos fermentan es para acabar por sosegarse mejor en ordenamientos espaciosos de poder.

En el orden de la cultura, fué insistente la denuncia de un desajuste funesto entre lo que pudiéramos llamar la oferta y la demanda. González del Campo señaló la desproporción entre el margen de ocio que ha conquistado el obrero y la posibilidad que le ofrecemos de fecundarlo; Piedad Maza nos mostró la urgencia de un desarrollo más cabal del niño y del adolescente; Dulce María Escalona, la de un principio unitario entre la práctica y la teoría educativas; e ilustrando dramáticamente la tesis de Russinyol sobre la necesidad de una educación moral que asista a la

intelectual, Vitier hizo patente el piélago en que zozobra nuestra juventud. En fin, todas estas exhortaciones cobraron nuevos acentos de autoridad con motivo del Centenario de Varona, cuyo mensaje aún vivo nos recordó Elías Entralgo, y en la sesión final del IV Congreso de Literatura Iberoamericana, que nos permitió escuchar voces forasteras muy ilustres.

Si tuviera yo que formular el saldo de tantas enseñanzas, me atrevería a sugerir estas conclusiones. El mundo está, efectivamente, en crisis; pero crisis no significa apocalipsis: no quiere decir más que una transición bruscamente comprimida en el tiempo y que, por lo mismo, parece más intensa y dramática que la de cualquier otro momento del cambio histórico. Esta crisis, vista subjetivamente, traduce el angustioso vacío de una incoherencia entre el hombre y su realidad, y como la historia, al igual que la naturaleza, aborrece el vacío, la crisis apunta de por sí a rebasar, mediante una solución unitaria profunda, las contradicciones actuales en la vida del hombre y de la sociedad. La solución no puede ser parcial a favor del espíritu ni a favor de las cosas: ha de ser a la vez íntima y externa, espiritual y material: ha de ser lo uno en virtud de lo otro. Esto, al menos, es lo que a mí se me desprende de lo que aquí hemos oído.

Terminaba yo la disertación inicial de este curso declarando mi esperanza de que, a la conclusión de él, todos ustedes sintieran que habían llegado a formarse "una conciencia más clara, y tal vez orientadora, del momento crítico que está viviendo el hombre". En qué medida se haya realizado esa esperanza, no me es dable precisarlo. Pero si la claridad no es la simplicidad, sino más bien la suma de detalles y perspectivas con que se hace más patente un objeto cualquiera, es de presumir que este curso nos haya provisto a todos de elementos adicionales de juicio y de información para entender mejor, en su confusión misma, el mundo actual y algo del venidero. Ver con claridad un paisaje es ya un modo de no perderse en él.

De una cosa sí estoy seguro: de que no hemos perdido el tiempo. Hemos encendido unas cuantas luces en el aire radial. Nos hemos levantado por encima de la frivolidad y la rutina. Al domingo municipal y espeso, le hemos obligado a dar de sí por lo menos una hora clara y nacional. Varios miles de cubanos nos hemos comunicado unos con otros sin vernos todos las caras, pero con ese contacto del espíritu, que es el más puramente fecundo. Entre todos, hemos logrado que la Universidad del Aire subiera del plano de mero experimento al de institución estable.

Como el chorrito de leche de Hera, que devino Vía Láctea, esta nutricia emisión nuestra ya está más o menos estelarmente cuajada en el aire, para permanecer en él. Sólo me queda agradecerles una vez más a todos su colaboración y decirles afectuosamente: Hasta la vuelta.

CIRCUITO CMQ

UNIVERSIDAD DEL AIRE

CURSO DE VERANO

"ARTES Y LETRAS DE NUESTRO TIEMPO"

(Del 26 de junio al 25 de septiembre de 1949)
Todos los domingos a las 3 p.m.

DIRECTOR: FRANCISCO ICHASO

PROGRAMA

Junio 26	a)	La nueva Estética	Rafael Suárez Solís
	b)	Valoración actual de las Humanidades	Vicentina Antuña
Julio 3	a)	La actual expresión literaria	Juan J. Remos
	b)	De Unamuno a Ortega y Gasset	María Zambrano
Julio 10	a)	La pintura mural mexicana	Benito Coquet
	b)	Valdés Rodríguez humanista ...	Dulce María Escalona
Julio 17	a)	Las nuevas tendencias de la música	Antonio Quevedo
	b)	La plástica de hoy	Rosario Novoa
Julio 24	a)	Notas sobre la reciente poesía española	José M. Chacón y Calvo
	b)	El ballet contemporáneo	Gustavo Pittaluga, Jr.
Julio 31	a)	La poesía nueva	Emilio Ballagas
	b)	La Filosofía y el idioma	Julio Ferrater Mora
Agosto 7	a)	Letras hispanoamericanas contemporáneas	Raimundo Lazo
	b)	La nueva arquitectura	Aquiles Maza
Agosto 14	a)	Las artes aplicadas	Ana Arroyo
	b)	Confesiones de un narrador	Rómulo Gallegos
Agosto 21	a)	Algunas orientaciones de la novela actual	Lino Novás Calvo
	b)	El teatro lírico español	Antonio Palacios
Agosto 28	a)	Los nuevos ensayistas de América	Medardo Vitier
	b)	La poesía de raíz popular	Andrés Eloy Blanco
Septbre. 4	a)	El teatro actual	Francisco Parés
	b)	Horizontes del cine	José M. Valdés Rodríguez
Septbre. 11	a)	Gabriela Mistral	Asela Gutiérrez
	b)	Picasso y su influencia	Rafael Marquina
Septbre. 18	a)	La moda y la nueva sensibilidad	Regina de Marcos
	b)	La escultura actual	Juan J. Sicre
Septbre. 25	a)	La biografía moderna	Rafael Esténger
	b)	Resumen del curso	Francisco Ichaso



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.